

//Dossier// **María Amelia Arancet Ruda (coord.)**
En torno del agua en las literaturas de la Argentina

El amplio espectro del agua en las literaturas argentinas

María Amelia Arancet Ruda¹

En este *dossier* se reúnen trabajos de diversas universidades y zonas del país que ayudan, con su fructuosa variedad, a pensar algunas de las muchísimas facetas del agua en relación con nuestras literaturas argentinas. Pero no solamente. Como corresponde a la relevancia del elemento acuático, aparecen implicados de manera interdisciplinaria también la historia, las artes visuales, la política administrativa, el desarrollo de juntas regionales, en una línea que va desde el hito de fundación de ciudades en época colonial, pasando por el Centenario hasta la pandemia de COVID-19. El agua que anega y el agua que falta; el desierto y el mar; el río omnipresente; la costa como hábitat; motivo poético y fuente de materia prima para crear; el agua simbólica; el agua que purifica; que permite comunidad; que une y que separa, y más. En los artículos a continuación se leen indagaciones específicas que, en su conjunto, abrirán el sentipensar e invitarán a generar otras aproximaciones críticas, que fluirán.

Mercedes Alonso (UNA, Artes Audiovisuales) en “Más allá (del regionalismo), la inundación” se centra, precisamente, en el agua que inunda. Parte de las poéticas realistas y regionalistas del s. XX -que la juzgan generadora de graves problemas- para, mediante la noción de “suelo-lugar” (Valli, 2006-2007) y el corpus seleccionado, llegar a un novedoso giro. Analiza los cuentos “Antes de antes” (*Noche cerrada, mar abierto*, 2018), de Juan Bautista Duizeide (Mar del Plata, 1964) y “Tormentas” (*Las tormentas*, 2017), de Santiago Craig (Bs.As., 1978). En Duizeide, mar y campo se mezclan sin anularse; el mar cubre la pampa “como un deseo de algo ocurrido hace millones de años” (2018: 147). En Craig, el agua transforma y confunde lo conocido; así dos personajes van “Bordeando la costa nueva” (2017: 164). Aquí el agua borra límites, desorienta; a la vez que une. El foco está puesto en lo nuevo: en Duizeide, las condiciones de posibilidad que instala el mar. En Craig, la ruptura del

¹ Doctora en Letras por la Pontificia Universidad Católica Argentina, donde es titular de Literatura Argentina II y del Seminario de Literatura Argentina; además de directora del CILA (Centro de Investigación en Literaturas de la Argentina). Investigadora Adjunta del CONICET. E-mail: ameliakeup@gmail.com

aislamiento que inaugura un territorio de experimentación. Diferentemente, ambos cuentos remiten de manera implícita a lo mítico, sea restituyendo un tiempo anterior (Duizeide) o enviando a uno posterior, pero sin miedo (Craig). ¿Distopía y utopía a la vez?

María Amelia Arancet Ruda (UCA, Conicet) en “Dos mundos creativos litoraleños. Kiwi y Beatriz Vallejos: palabras moldeadas e iluminadas a mano” ubica a estos creadores en un canon no centralista. Para ello primero indaga en qué lugar les ha dado la academia y, después, pone en relación dos de sus libros desde el punto de vista de la “topofilia” (Yi Fu Tuan, 1974). Respectivamente, *Poemas* (1986) y *Ánfora de Kiwi* (1985), que revelan múltiple afinidad en lo macro y en lo micro, como, por ejemplo, detenerse en un paseo en canoa. Los dos entroncan con la tradición del haiku, geográficamente lejana, aunque cercana en cuanto a su vinculación con la naturaleza circundante. Estos santafesinos son poetas y artistas visuales, a la vez poseen “sentido de lugar” (Goodbody y Flys Junquera, 2016): Beatriz Vallejos en San José del Rincón y Kiwi en Alto Verde. Kiwi hace alfarería con el barro de la costa de la laguna Setúbal. Vallejos pinta a la laca, técnica inventada hace centenares de años para que los objetos resistieran la acción destructiva de la humedad. Los dos habitan el Litoral como su medioambiente y como frontera simbólica y anímica, disruptiva del *status quo*.

Marta Elena Castellino (Facultad de Filosofía y Letras, UNCuyo) y Matías Edgardo Pascualotto (Facultad de Derecho, UNCuyo) hacen un trabajo en colaboración interdisciplinaria en “El agua en el imaginario y en la literatura de Mendoza”. Por un lado, recorren sucintamente la historia del proceso de aprovechamiento del agua y sus regulaciones administrativas desde la fundación de la ciudad de Mendoza (1561). Por otro, relevan dos formas de representación social del agua en la literatura de la provincia. Parten de una visión bucólica, cifrada en la magnífica metáfora de Américo Calí (1910-1982) “incendio verde”, que alude a la “naturaleza bifronte de Mendoza: tierra arenosa y sedienta y, por lo mismo, marcada por la cultura del regadío, proveniente ya de costumbres huarpes. Un ejemplo de esta cultura en las representaciones, entre los muchos del nutrido artículo, es el de Armando Tejada Gómez (1922-1992), con su repercusión popular, por ejemplo, en su “Zamba del riego”. Se pasa de “la gloria simple del agua trabajadora”, de Fausto Burgos (*Cara de tigre; Cuentos mendocinos*, 1929: 120) al *Agua dulce, agua amarga* (2016), novela de Oscar Chena (General Alvear, Mendoza, 1946), que trata fuerte y directamente la disponibilidad del agua y la explotación minera a cielo abierto. Así, se muestra cuán central ha sido la regulación del recurso hídrico, desde época precolonial, luego con, por ejemplo, la creación de la Alcaldía de Aguas (1603), hasta la Ley 7722 de 2007. Evidentemente, no hay cierre para un asunto tan vital, que habrá de continuar...

Patricia Amalia Giuffré (UCA) en “El buque, de navío a manifestación divina, en la obra de Francisco Luis Bernárdez” sistematiza en cuatro etapas los sentidos de la figura del buque, que existe en función del agua, en el poeta argentino y “gallego nacido en Buenos Aires” según sus propias palabras, lo cual interroga las pertenencias regionales. En la primera, en medio del mar “iracundo” o “amoroso”, es nexo entre Europa y América, en *El Mundo de las Españas* (Bernárdez, 1967: 21). En la segunda y en la tercera, ya con la influencia del portugués Teixeira de Pascoaes, el agua se condensa en la imagen del buque para manifestar la presencia de Dios en las lirás del poemario homónimo (1935), que dejará huella en los libros ulteriores. En la cuarta etapa conceptualiza que en el agua está “el ubicuo ser que constituye gran parte de los demás seres y que alimenta con su propia substancia la vida de casi todas las vidas del orbe” (*La copa de agua*, 1963: 12). Giuffré señala que Bernárdez en poemarios y ensayos, sustentado en la cosmovisión franciscana, revitaliza la teoría de los cuatro elementos, según la cual sobre todo el mar desempeña una función purificadora y conformadora de la vida.

María Verónica Gutiérrez (UNSa) en “Desierto y río: utopías ambientales del siglo XXI en la literatura y el cine argentinos” recorre la novela *Las aventuras de la China Iron* (2016), de Gabriela Cabezón Cámara, y el cortometraje *Nueva Argirópolis* (2010), de Lucrecia Martel, ambos con importantes hipotextos sarmientinos. En ambas obras hay viajes. En el viaje iniciático de la primera Gutiérrez encuentra que recorrer el desierto -aquí contrario al vacío bárbaro de Sarmiento- equivale a ingresar en un universo de micropercepciones, donde lo viviente se ofrece sin jerarquías. Cuando, ya hacia el final, se pasa a la vida en las islas del Paraná, se crea una comunidad por elegida alianza, incluso con la llamada naturaleza: “están vivos nuestros ríos y los arroyos son animales, saben que van a vivir con nosotros” (Cabezón Cámara, 2017: 172). Por su parte, *Nueva Argirópolis* relata el viaje de un grupo de indígenas que viene bajando desde el río Bermejo en balsas hechas con botellas de plástico y camalotes para instalarse en las islas sin dueño del delta del Paraná, pero es detenido por Prefectura. Estos indígenas transhumantes -que “tienen el color del río” y se confunden con él (Martel, 2010)- se mueven por su superficie borrando la civilización blanca y europeizante. Ambas obras son utopías ambientales que no separan naturaleza y sociedad. Gutiérrez termina con una frase que queremos reproducir: “Interpelan e invitan a repensar cómo imaginamos nuestro estar en el mundo”. Late el deseo de otras formas de relación.

Susana Inés Herrero Jaime (Invelec, UNT) en “‘El agua y la vida’ (1984) región, cultura y desarrollo en el Valle Calchaquí”, después de señalar el doble origen de la perspectiva regional en el NOA -en la Generación del Centenario y en la labor del PINOA de

Canal-Feijóo-, detalla una productiva y amplia historia de concreto interés por lo local. Al cabo de este proceso aborda especialmente la cuarta edición de las “Jornadas Culturales del Valle Calchaquí”, organizadas por el Centro de Estudios Regionales (CER) y la Peña Cultural “El Cardón”. Las Jornadas, de 1984, tuvieron como eje el agua, ocasión muy celebrada, pues acababa de regresar la democracia. En ellas se buscó un conocimiento especializado e interdisciplinario, que articulara saberes teóricos y prácticos. Por ejemplo, la explotación de las aguas subterráneas; el riego por goteo; y la corroboración de que las dificultades ecológicas del Valle se asociaban con el modo de explotación, pues anteriormente tales problemas no existían. Entre otras actividades humanísticas, se disertó acerca de la poesía de Juan Carlos Dávalos y de Manuel J. Castilla, así como de relatos de Gustavo A. Bravo Figueroa. En la conferencia de cierre, brindada por el filósofo tucumano Gaspar Risco Fernández (1933-2021), se insistió en la necesidad de la participación comunitaria en los procesos de conducción y de decisión. Este evento singular mueve a preguntarse acerca del sentido operativo de las nociones de región, cultura y desarrollo y, sobre todo, acerca de su interrelación.

María Laura Pérez Gras (USAL, Conicet) en “Utopía y distopía en el delta de la Cuenca del Plata” despliega un vasto mosaico de observaciones y de reflexiones sobre obras ficcionales ligadas directamente con el río de la Plata y el delta del Paraná, sostenidas por obras teóricas en torno de conceptos como literatura especulativa, distopía y utopía, entre otros. Para referirlo muy sintéticamente usamos los títulos que la misma Pérez Gras acuña para estructurar su trabajo. Considera el pasaje de la utopía a la distopía, donde identifica el desencanto de la modernidad; y, luego, el de la distopía a la utopía, que promueve el retorno a lo vincular. El extenso corpus va desde *Argirópolis* (1850), de Sarmiento, a *La hija del Delta* (2023), de Alejandra Bruno. El río en las distintas obras cambia su faz, como le es propio: va de volverse desierto -como en la trilogía de Claudia Aboaf: *Pichonas* (2014), *El Rey del Agua* (2016) y *El ojo y la flor* (2019)- al desborde de la inundación -como en *Gongue* (2012), de Marcelo Kohan-. El mayor peso está en el retorno a la utopía, gracias a la “pulsión utópica” (Baccolini, 2004), que habilita persistir en la esperanza debido a la decisión de no producir clausura, principalmente en lo escrito por mujeres. Pérez Gras asevera que la utopía es una modalidad más extrema que la distopía para expresar una postura contrahegemónica. Este giro plantea la urgencia de salir del falso binarismo humanidad/naturaleza, determinante de nuestra manera de habitar el mundo y de vincularnos, al menos hasta ahora.

Stefanía Segovia (Universidad Nacional del Nordeste) en “Regionalismo no-regionalista: la entidad hombre-agua en la poética de Franco Rivero” observa el asunto del

agua en *Usted no viaja asegurado* (2016), de este autor correntino. Especialmente en sus poemas “naufragio”, “psykhé”, “catecismo” y “rostro” el sujeto se rige en relación con el agua, sea de una zanja, del río o del mar. En ellos, como el agua, corre haciendo el tránsito de la infancia a la adultez, de Corrientes al Chaco, del Impenetrable al río Paraná. En ese correr el guaraní parece recuperar el ritmo del habla. El yo se sitúa en una región particular del espacio rural, del interior de la provincia de Corrientes, y se detiene en el continuo intercambio experimentado con los recursos naturales y culturales. Allí se recluye, pero sin producir literatura regionalista. Si bien textualiza su lugar geográfico jerarquiza la zona, elige otras lecturas y crea un tono que conecta la región con el universo a través de un intertexto denso y de su poética propia.